

ALBERTO NIN BRIAS
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO

La vida del estudiante

Y la moral

(CON UN PROLOGO de JOSE E. RODO)



Usted es uno de los escritores que mas me conviene estudiar, porque me da usted pié como muy pocos, para las reflexiones de que más gusto . . . *Miguel de Unamuno.*

. . . Este joven maneja muy bien el idioma. Posee una gran erudicion literaria, rara entre nuestros escritores. En particular, la literatura inglesa se ve que la conoce *á fondo.* Es un joven que promete mucho. "*El Ensayo sobre la Muerte*" lo he leído con gran interés . . .

De una conversación sobre el autor.

Dr. Santiago Ramon Cajal

SALA URUGUAY

ALBERTO NIN BRÍAS

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO

La vida del estudiante Y la moral

CON UN PROLOGO de JOSE E. RODO)

Al ilustrado hombre de letras
y distinguido me'dico, Dr. C. Solé
y Rodríguez



Alberto Nin Brías

Usted es uno de los escritores que más me conviene estudiar, porque me da usted pie como muy pocos, para las reflexiones de que más gusto... Miguel de Unamuno.

... Este joven maneja muy bien el idioma. Posee una gran erudición literaria, rara entre nuestros escritores. En particular, la literatura inglesa se ve que la conoce á fondo. Es un joven que promete mucho. "El Ensayo sobre la Muerte" lo he leído con gran interés...

De una conversación sobre el autor.

Dr. Santiago Ramon Cajal



0501262630

D. 262.630

Se convenion' 263.

SA 991 6458 61 91
No PQ 8519 N55 V5



De "EL ATALAYA"

"... Los que hemos escuchado á Nin Frias, comprendimos una vez más su gran amor hacia la Hélade antigua, hacia la tierra bendita que desde hace treinta siglos espande su luz y su gloria sobre toda la humanidad y sobre todas las civilizaciones, como un inmenso sol cuyo ocaso no ha aparecido aun.

Hemos visto hermanados dos sentimientos, dos religiones, dos amores en ese trabajo que tan bien pinta al autor.

Allí están grabados su cariño hacia la hermosura del arte, hacia la filosofía, hacia la virtud y su cariño hacia la persona de Cristo, cuando entre los hombres era hombre también y hacia la doctrina que desde entonces dejó como herencia á la humanidad.

El intento de Nin Frias ha sido recordar á los jóvenes sobre todo, el rasgo de heroísmo, precioso ejemplo de amor, de un amor capaz de grandes sacrificios, de aquel niño casi, hijo de un pastor evangélico, Guillermo Lancaster Mac Laughlin, que sin acordarse siquiera del peligro, iba y venía entre las llamas y los escómbros de un teatro incendiado, salvando á sus hermanos, hasta que mal herido y cubierto por las ruinas cayó imposibilitado de proseguir su tarea y cayó para morir.

Nada tenemos que añadir que adorne más la frente de aquel pequeño soldado á lo expresado por esta conferencia y á la corona que anteriormente á ella mil veces se han encargado de tejerle, pero si queremos inclinarnos con respecto y amor profundos ante la tumba de nuestro hermano Mac Laughlin mientras pasa murmurando en nuestra alma un cántico que ensalza su heroísmo.

Monterideo, Año VI, Núm. 261.



INTRODUCCIÓN

Si se me pidiera una fórmula que caracterizase en breves términos el espíritu del autor de los "Nuevos Ensayos de Crítica literaria y filosófica", diría simplemente: "Alberto Nin Frías es uno de los pocos orientales con quienes se puede mantener una conversación que dure más de diez minutos sobre puntos de filosofía, de literatura ó de arte." Me explicaré, para que no se atribuya á mis palabras un sentido que no tienen. No significa esto negar que existan, y hasta abundan, entre nosotros, en relación con lo limitado del ambiente, los espíritus capaces de conversar con conocimiento, discreción y gracia, sobre esos ó parecidos temas. Lo que falta es la persistencia del interés. Si se inicia una conversación con un espíritu criollo, por culto que sea, sobre cuestiones de tal índole, al breve rato la inevitable tangente elude el círculo de la conversación con esta fuga desconcertadora:—"Y á propósito: ¿qué ha oído Vd. decir de Mariano Saravia?..." ó bien:—"¿Quién se llevará la senaturia por el departamento de Tal?"—"¿Qué harán los blancos en Noviembre?" etc. etc.

Alberto Nin Frías habla poco de Mariano Saravia y de lo que harán los blancos en Noviembre, y en cambio habla mucho, y muy bien, de libros nuevos; de ideas literarias, filosóficas y religiosas; de obras artísticas; de recuerdos de

viaje, y de otras cosas de que no suele hablarse en los fogones de los campamentos ni en las tertulias de los clubs políticos.

No hace mucho tiempo que, comentando otro libro de Nin Frias, señalaba yo lo diferente, y aun opuesto, de nuestros respectivos puntos de partida, en nuestra orientación ideal. Él procede (decía) del protestantismo, yo del helenismo; pero después de notar esta diferencia, agregaba que, á pesar de ello, nuestros espíritus se aproximaban más cada día y convergían á un mismo término, porque toda gran ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección á la armonía, á la amplitud, á la comprensión de todo lo bueno, á la amistad con todo lo hermoso.

Y he aquí que ha llegado la ocasión de que luchemos juntos; porque esta es la hora en que me ha tocado asumir, contra ciertas tendencias, la defensa de la tradición cristiana y del ideal cristiano, á pesar del paganismo de mi imaginación y de mi gusto artístico.

He explicado recientemente cómo cabe participar sin contradicción de ambas devociones. La obra de Grecia perdura en lo mejor de nuestra mente: es el sentido de lo bello, la investigación metódica, el pensamiento libre. Sin la persistencia de esta obra, el cristianismo sería un veneno que consumiría hasta el último vestigio de civilización. Las esencias más salutíferas, los específicos más nobles, son terribles venenos, tomado sin medida ni atenuante. Es una gota de ellos lo que salva; pero no por ser una gota, deja de ser la parte esencial en la preparación en que se les administra. Lo que en la redoma del fármaco da el olor aromático, el color, la eficacia medicinal, la virtud tónica, es á menudo una gota diluida en muchas partes de agua. El agua fresca y preciosísima, el agua pura de la verdad y la naturaleza es lo que Grecia ha suministrado al espíritu de nuestra civilización. Agradecemos esta agua; pero no desconozcamos por eso la gota de quinta esen-

cia que la embalsama y le da virtud de curar y la guarda de que se corrompa.

Ambos principios han llegado á reunirse en la complejidad de nuestra alma, en nuestro concepto de la vida; pero no sin conflicto frecuente, no en síntesis perfecta y estable, sino más bien como mezcla que sólo se consigue por la tenaz agitación del vaso en que los dos elementos se contienen. La concordia definitiva, la unión íntima y segura, ¿es asequible y se producirá alguna vez? Cabe esperararlo de esta misteriosa alquimia que tiene por laboratorio el tiempo y por material las ideas y los sentimientos humanos.

Uno de los conductores de almas, que en nuestro ambiente, pueden cooperar con más eficacia á esa tarea es, sin duda, Nin Frias. Pertenece al escaso número de los escritores que, en nuestro idioma, tratan con amor y conciencia el problema religioso, (así lo ha reconocido Unamuno) y suyo es principalmente el mérito de haber atraído á ese alto objeto la atención de nuestra juventud. Su interpretación y comprensión del cristianismo es amplia, delicada y profunda, y no excluye un vivo y justo sentimiento del espíritu clásico. Este cristiano sabe el modo de sacrificar, sin inconsecuencia, en el altar de las Gracias. Tiene un hondo sentido moral y religioso, y tiene además un claro sentido de lo bello. Forma parte de ese simpático grupo evangelista que cuenta en nuestra juventud con espíritus tan generosos y bien dotados como los de Santín y César Rossi, Martínez Quiles, Nin y Silva, Emilio Gillardo, etc. Bien sabe Nin Frias—y no hay porqué callarlo aquí—que yo no creo en el acierto y eficacia de este movimiento, tal como está encauzado y supeditado á una ortodoxia religiosa. Comprendo y aplaudo el fondo cristiano; pero no me explico el apego á dogmas que constituyen una “impedimenta” en mi camino para la propaganda racional, ni me place la vinculación con el carácter protestante, que creo que no se adaptará jamás—por razones étnicas invencibles—al ambiente de nuestros pueblos,

y que, históricamente representa una tradición contraria à las raíces de nuestro espíritu, al genio de la raza, à las voces que gritan desde cada gota de la sangre de nuestras venas. (1) Mucho más me agradaría un cristianismo puramente humanitario, à lo Channing ó à lo Tolstoy.

Pero como quiera que sea, Nin Frias y el grupo à que pertenece, constituyen una fuerza positiva y fecunda en el conjunto de nuestras energías intelectuales y morales. Tienen un ideal, un rumbo firme y generoso; y esto los da derecho al respeto y la simpatía de todos los que también aspiran à tenerlos. Hombres nuevos de entusiasmo é ideal necesitamos; hombres capaces de apasionarse por ideas y de convertir este entusiasmo en voluntad perseverante. Así habrá luz y fuerza en el espíritu de la juventud; lo mismo cuando la pasión del ideal se personifique en el socialista Frugoni que cuando se encarne en el evangelista Nin Frias.

Yo, que no me considero extraño en ningún campo donde un sentimiento desinteresado vivifique cualquier alta concepción del bien y la verdad—porque debajo de estas “cortezas de las almas” que llamamos ideas, busco lo hondo, que es la voluntad y la intención y la fé,—entro hoy en el templo de paredes desnudas y escucho con recogimiento el coro de creyentes.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(1) *Nota del autor.*—No concordamos con el ilustre crítico en esto, pues si ello fuese cierto el Catolicismo no se avendría tampoco con el espíritu inglés, norte-americano y germano. Toda idea absoluta tiene en sí el germen de algún concepto erróneo. Y la idea irreductible de dividir à la humanidad en razas cerradas, ofrece amplio tema para discutir. Hoy día esta cuestión de las razas ha entrado en un período de rudos ataques, y con razón, pues se ha abusado de los elementos simples para generalizar de una manera equívoca y falsa.

A. N. F.

La vida del Estudiante y la moral

(Conferencia leída en la Facultad de Enseñanza Secundaria, Universidad de Montevideo ante los alumnos de filosofía y moral.)

A la memoria de Francisco, mi inolvidable hermano.

Nacido el 3 de Enero 1887.

Fallecido el 25 de Junio 1906.

Dios nos lo dió fuerte, hermoso, bueno y jóven de labor.

Se nos fué en la plena belleza de la juventud. La voluntad del Señor sea hecha. Nos ha sumido en indecibles penas. ¿Pero no es ello un privilegio? ¿No han sido acaso para acercarnos más à El cuyos designios misteriosos no alcanzamos à comprender, mas debemos acatar con amor ciego?

Jesús: ven con nosotros en esta prueba.

Permitanos que nos halleemos más cerca de Tí, dador del amor y de lo bello.

Tú te manifiestas más esplendoroso allí donde existen corazones doloridos y cansados.

Deja que esta nuestra pasión pase á fin de que nuestra resurrección de las injusticias de la vida pueda arribar pronto para iluminarnos y hacernos felices para siempre jamás.

No nos inquietemos por los muertos. ¡oh Dios de paz y de misericordia!

Están en el seno de Tú amor; dentro de las redes de Tu clarovidente justicia. ¿Dónde pueden estar mejor?

Tú los has amado en vida ¿que no será de ellos cuando estén mas vecinos á Ti, en ese mundo sin formas ni materia de ultratumba, donde Tú reinas soberano?

Dejad dormir en paz á los que duermen para no despertar aquí bajo, en el reino de las ilusiones y de la fantasmagoría. Suyo es el cariño de Jesús que sólo vino al mundo para salvarnos del pecado.

Dejadles dormir; Dios les ama. ¡Paz en sus tumbas!

Ninguna lágrima, ningún pesar empañen el mármol que les oculta el mundo que ilumina el Sol.

Amén.

“Duerme tranquilo, querido”, decimos amenudo
No poseyendo encantos para disipar
Tristes ensueños que penetran nuestros párpados;
Más no tornará ese pesar.
A quebrantar el feliz ensueño cuando
El dé reposo á su bien amado.

El rocío divino cae silencioso sobre la colina;
Las nubes navegan serenas arriba
Mientras el hombre siembra y recoge;
Más suave que el caer del sereno
O el bogar de las nubes en el cielo,
El dá á su amado, descanso.

Del inglés de Elizabeth Barret Browning.

Señores estudiantes:

Invitado por vuestro esforzado decano, el Dr. C. Maggiolo para dar á Vds. una conferencia relacionada con la materia de la cual tengo el placentero honor de ser sustituto —he escogido como tema, uno que acaso hallarán demasiado grave, pero que por otra parte es de carácter íntimo y estrechamente vinculado á los más caros afectos de mi corazón.

La moral tiende á volverse en ciertos pueblos y en ciertos individuos, una ciencia puramente libresca, fuera de nuestro alcance; se le estudia como á un cadáver, sin el hondo soplo de amor, simpatía y amistad que intervienen en nuestras relaciones con los seres vivos.

¿Es cierto que el día de la moral ha concluido? ¿Es verdadero afirmar el progreso del hombre sin ella? El tema es vasto, pero voy á limitarlo á la vida del estudiante en sus relaciones con ella.

El buen estudiante es un ser moral, digo más, intensamente moral. En los pueblos, llamados latinos, hay en general una tendencia marcada á olvidar toda la grandeza y belleza del carácter, de la voluntad y de la energía moral. Lejos de mi el decir que no me admiren estas prendas admirables de la personalidad humana; pero, lo que yo quiero

decir con esto, es que no se les tiene en cuenta como en Inglaterra y en Estados Unidos, donde las cualidades morales son las que más prevalecen en el ánimo de la sociedad al juzgar al hombre. Nosotros tenemos en más la brillantez de un espíritu muy inteligente, la precocidad juvenil y la funesta disposición oratoria á la cual debemos no pocas ligerezas históricas y calamidades nacionales.

Para ilustrar mi tesis no hallo nada mejor que referiros la vida de un colega vuestro, que vivió su vida de estudiante modelo en la patria de Washington y Horacio Mann.

Voy á contaros como él entendía el valor de la juventud, cómo para su temprana edad manifestó el más elevado de los heroísmos: sacrificar su vida en aras de otras; cómo los principios morales que le inculcaron en su bello hogar paterno subsistieron incólumes en las aulas universitarias y por ello procede llamarle con toda sinceridad: el estudiante héroe.

Vuestro hermano del Norte se llamaba Guillermo Lancaster Mc. Laughlin y cursaba sus estudios en la Universidad Wesley Ohio. No he estado en Estados Unidos, donde á menudo vuela mi espíritu con el pensamiento, más conozco mucho de su cultura y de sus altas instituciones de enseñanza superior por esos artistas de la palabra y de la idea que se llaman Paul Bourget y Paul Adam, é innumerables amigos é hijos de ese gran país. Sé que el aspecto de la Universidad de Harvard es delicioso: sé que el terremoto que dió en tierra con la soberbia San Francisco, puso en ruinas la Universidad más grande y lujosa del mundo, legada á la ciudad por la millonaria Stafford en memoria de su esposo é hijo, y especialmente para recordar á este último, arrebatado á la santidad, á la nobleza y hermosura de la vida estudiantil en plena primavera promisorá. Esa maravillosa joya de arquitectura ha pasado, más no dudo por un momento que será construída más esplendorosamente, porque

los grandes pueblos se distinguen por su amor al saber y la veneración con que rodean á los que lo dispensan.

Si visitarais las universidades inglesas, por largo tiempo vibraría vuestra imaginación al lado de lo que el filósofo Ruskin hubiere llamado con placer las Piedras de Oxford y de Cambridge. El polvo sonoliento de los siglos adorna aun el precioso decorado de esas ciudades reflejadas en sí mismas y por cuya atmosfera vetusta se desliza la más placida de las existencias universitarias.

Por largo rato podría seguir evocando la munificencia norte-americana á este respecto, mas me limitaré al país que más conozco y que más amo, por ser allí donde fui más feliz cuando niño, joven y estudiante.

No es sin cierta angustiosa emoción que despierto los recuerdos dormidos de esa vieja Inglaterra tan vital aun de energías para el bien, la verdad y lo bello moral. Es allí donde el saber ha sido rodeado de más poesía y majestad. Las ciudadelas del conocimiento son, sobre todo Oxford y Cambridge, verdaderas colmenas de jóvenes estudiantes, cuyo objeto es el doble culto á la ciencia y vigor y desarrollo corporal. Como los griegos, siempre divinos, aman por igual al cuerpo y al espíritu. Platón parece haber repetido á sus organizadores del plan de vida y estudios aquel consejo famoso que me veo obligado á citar, ¡es él tan bello!: "Lo mismo que cuando tú erijes un templo para obligar al Dios á delectarse, á frecuentarlo, á hacer de él su morada, tú ornas de manera superior el peristilo y todas las partes del monumento, desplegando todas las gracias de la arquitectura, así del mismo modo, si tu quieres que esa particilla de lo divino, que es tu alma, habite larga y felizmente la envoltura de tu cuerpo, embellece ese cuerpo por la gimnasia, como el más glorioso templo de mármol." La cita es acaso larga, pero ¿puede fatigarnos oír lo que es hermoso y cierto?

Al ver á los estudiantes ingleses se percibe claramente

que realizan el ideal antiguo: la manifestación del alma en un cuerpo, digna morada suya, proporcionada á ese huésped sutil que nos recuerda á cada paso ese código de que he hablado al principio: la moral. Oxford y Cambridge son como Salamanca y el Cambridge de Estados Unidos, ciudades puramente universitarias, donde además de la multitud de colegios con fueros universitarios antiquísimos, existen las casas de profesores y de los estudiantes, que generalmente viven con ellos, y las necesarias al comercio é industria local. Son ciudades tranquilas, de un pasado histórico, siempre relacionado con la expansión intelectual del país. El estudiante hace vida de tal y únicamente, ¡tal es lo sugestivo del sitio! Las universidades están rodeadas de magníficos parques, y la ciudad está situada á orillas de un río pintoresco que, dividiéndose como en Oxford en varios brazos, serpentea por los fondos de muchas de estas casas del saber. El árbol vive y crece allí como en la selva, su casa; los cisnes majestuosos se pasean tranquilos por el río y los arroyos contiguos, las fuentes murmuran en los patios académicos; el estilo gótico y el de los albores del renacimiento, domina en los edificios severos como la ciencia é imponentes como la verdad, cada colegio tiene su célebre biblioteca y capilla, donde el arte religioso ha meditado maravillas para edificar é incitar al recojimiento.

La Universidad está constituida por unos veinte colegios, cada cual con su edificio propio, rodeado de jardines y parques, de cuya belleza incomparable darán cuenta las personas que como yo, los han visto. El culto á los árboles, á los verdes prados, á las flores, está llevado á su más perfecto desarrollo. Por los muros de los colegios trepan como en su casa la hiedra y la glycina; en los paseos al borde del río y arroyuelos, que son muy numerosos en esta comarca, crecen los árboles con una magnificencia que sobrepasan á los puentes y edificios. Desde más de seis siglos,

este sitio sin rival, por la hermosura de su flora arborescente, ha sido el refugio predilecto de los estudiosos. Allí pasaron su juventud vigorosa, los hombres que luego se hicieron célebres por su elocuencia en las Cámaras y su amor á la libertad sin violentar el derecho ajeno; los poetas y los literatos que han versado en sus poesías, el amor más vivo por la naturaleza; los hombres de ciencia que han revolucionado el conocimiento.

En estos colegios campestres se hacen hombres, no libros, porque el estudio, lo más hermoso de la vida, se alterna con los ejercicios físicos que embellecen el cuerpo y reflejan salud, sin la cual la inteligencia no puede funcionar con claridad y energía.

Cuando visité Oxford, era muy joven y apesar de ello no he podido olvidar lo bella que era la naturaleza. Después, he pensado que si los habitantes de Oxford eran inteligentes y sabios se debía, en primer término, á su culto entusiasta por la vida de campo, sana, sencilla y tranquila. Rectores y profesores viven consagrados, como apóstoles de una religión, á la tarea de iluminar, porque enseñar es dar luz. Los profesores ancianos son muy queridos y venerados, y á todos se les respeta ya por sus vastos conocimientos, ora por su brillantez de exposición ya por la belleza de su vida moral. En su mayor parte alcanzan reputación de sabios y autoridades en las materias á que se dedican como un arquitecto á sus construcciones ó un comerciante á sus negocios, durante toda su vida. He oído muchas confesiones de estudiantes, he leído muchas memorias de esa época aurea, y puedo asegurar que la mayor parte de los estudiantes concluyen sus carreras, pesarosos de abandonar á sus mejores amigos y al mejor hogar de su mente. Todos los hombres célebres hablan con amor y ternura de su pasaje por las queridas aulas, y esta aseveración es tanto más sentida cuanto que el estudiante ha cumplido con su deber, realizado, en una palabra, los principios de la moral. He pasado por toda esta digresión á fin de des-

cribir el ambiente en que se movió mi héroe, porque no es posible hacer la descripción de una batalla sin ocuparse de la topografía del terreno en que se libra.

Nuestro querido colega, pues, profesores y educandos todos somos estudiantes en distintos grados, había pasado su infancia en la República Argentina, donde tanto héroe militar y civil ha visto la luz, de padres norteamericanos y como no lo ignorareis, esas gentes nunca olvidan á su patria y tienen razón para ello. Así que el niño había recibido la educación é instrucción primeras, le enviaron allá al Norte, al progresista país que les vió nacer y donde embellecieron su alma con la práctica de la virtud. Allí fué electo presidente de su clase á la edad de diez y ocho años, ganando los más altos honores en los exámenes de oratoria, también por esa época. A estas distinciones se agregaron otras, fué promovido al grado de cadete por mérito durante tres veces consecutivas en el curso del mismo año.

Más tarde fué electo uno de los "once" atletas de la Universidad Wesley para ir á medirse con los seis grupos de otras tantas universidades, á fin de obtener uno de los más altos premios que se tributa en los juegos olímpicos en ese país.

Guillermo Lancaster Mc. Laughlin tenía alma griega y corazón bondadoso; hubiera sido, en los tiempos heroicos, un discípulo del maestro de la belleza intelectual, Platón, porque reunía á un cuerpo fuerte, sano, bello, la inteligencia clara y la bondad ingénita y noble.

He visto su retrato, lo he contemplado con simpatía, casi con amor de hermano, y puedo declararlo: que en las facciones romanas de su fisonomía franca había los rasgos de la voluntad y de esa frescura insuperable, de ese encanto sutil, de esa atracción que ejercen las idiosincrasias sinceras, bellas, las almas atentas al ideal y á la virtud.

Ante ella me inclino; no puedo expresar todo lo que sugiere, pero escucho á alguien hablar por mí, y extasiado oigo el elogio de Taine á los jóvenes que frecuentaban en Atenas, la escuela de Sócrates y Platon: "El aspecto serio y calmo, inmóvil como un ser que se deja vivir; la actitud es de una nobleza sorprendente; parece estar por encima de toda agitación (y que cierto resulta ello, sobre todo cuando sepamos toda la historia de esta pequeña vida). La cara no es más expresiva que el resto del cuerpo; el espectador no se siente atraído como en las imágenes modernas, por el pensamiento de la frente, por lo apasionado de la mirada ó de los labios. Se contempla con sumo gusto esos ágiles piés y ese pecho robusto tanto como esa fisonomía hermosa; uno experimenta tanta alegría en sentir ese cuerpo vivir como en observar á ese espíritu pensar. La naturaleza humana no está en él como en nosotros, desarrollada unilateralmente; está aún en equilibrio; gozan tanto con sus sensaciones como con su vida moral....."

"Una vida tranquila se desarrolla silenciosamente en ese espíritu en calma; él no razona, sueña; lentas imágenes pasan por él, como el cortejo de nubes sobre el luminoso azul del cielo. Pero, que se observe atentamente el óvalo puro y altivo de esa faz y se verá que ese joven en reposo es un soldado de Pericles y un discípulo de Platón."

La descripción es exacta; evoca con rasgo severo y preciso á nuestro héroe, y si un día algún artista se siente movido á perpetuarlo en el bronce, que no olvide esas líneas sugestivas, llenas de encanto, llenas de arte.

Guillermo Lancaster Mc. Laughlin estaba en vías de ser útil á su patria, y acaso á la lejana Argentina, su segundo hogar; ya se pronunciaban los contornos del talento y del joven esforzado en su personalidad naciente, cuando se encontró cara á cara con una de esas situaciones que cambian por completo el aspecto de una vida. Todos hallamos en el camino áspero

é incierto del vivir, como Hércules, las dos vías del bien y del mal. Guillermo escogió la senda del bien y vamos á ver cómo.

Su tío, el Dr. F. W. Gonsaulus, de Chicago, iba á dar una conferencia en el teatro Iroquois, y pasando el joven estudiante por allí, se le ocurrió entrar para inspeccionar el enorme auditorium ó sala del teatro. Mientras estaba allí, surgió un pánico indescriptible, debido á un incendio que estalló despiadado. El teatro estaba lleno. La concurrencia estaba compuesta casi exclusivamente de mujeres y niños pues se trataba de una matinée, para los niños.

Pudo haber salido ileso, mas decidió regresar para asistir á otras personas que se sofocaban en los gases, producidos por los escapes. ¿Podemos imaginarnos situación más angustiosa para resolverla un joven lleno de vida, plétórico de salud, con un vasto horizonte de gloria y honores ante sí? ¡Ruda era la prueba á que se iba á someter esta juventud admirable! Su decisión fué obra de un instante. Optó por la muerte, que en este caso podemos declarar gloriosa, sublime, bienvenida.

Se hallaba situado en la salida del segundo piso, frente á una ventana de la Facultad de Derecho de la Universidad de Northwvestern.

Hasta ese instante no ardía. Varios hombres le interceptaron el camino, anteponiéndose á las madres y niños que gritaban por salvarse. Trató de disuadirlos por la crueldad que cometían al quererse salvar ante el inmenso ejército de los débiles y desamparados. En la Universidad contigua procuraron unir las dos ventanas con planchas de madera. Después de un penoso trabajo, que costó las pérdidas de algunas vidas, se consiguió el objeto y con ello se estableció un puente. Al llegar aquí, un tipo bestial empujó groseramente á Guillermo, mandadóle se retirara del camino. Pron-tamente, devolvió un correctivo á este monstruo, y se aprestó

á pasar á diez y seis personas, pudiendo haber salvado su vida esas tantas veces.

Entre tanto, el fuego se avecinaba furiosamente. Sin embargo, pudo proteger á una mujer que ardía, y pronto despues se le vió á él mismo en llamas. Enseguida se desplomó una escalera de acero y con ella varias personas. El cuerpo del joven héroe fué hallado debajo de ocho cuerpos, siete de los cuales estaban inanimados. Medio moribundo fué llevado á una de las clases de la Universidad contigua convertida en hospital. El médico quería aliviarlo de sus dolores terribles, pero respondía invariablemente: "Voy á morir, preste su atención á las mujeres y á los niños; voy á expirar y estoy pronto para ello". Palabras conmovedoras que sacuden todas nuestras fibras humanitarias, palabras de un espíritu fuerte, de una presencia de ánimo que para hallarle su igual es menester recordar á los mártires cristianos y al anciano Bernard de Palissy, que prefirió la cárcel antes de renegar su té en el Evangelio.

No todos estaban poseidos de esta tranquilidad: por doquier resonaban desgarradoras risas histéricas, los gritos, los sollozos, los lamentos, las imprecaciones y los ruegos.

Los cirujanos del hospital manifestaban el coraje y virilidad de Guillermo al sutrir las curas. Todo su pensamiento estaba concentrado en sus lejanos lares. Alguien le habló de la grandeza de su acción y sus consecuencias. El se manifestó plenamente conciente de lo que habia hecho, y al citarle esa persona estas palabras llenas de belleza heroica y piedad altísima: "Guillermito, tu no dijiste: "Padre, sálvame de este trance cruel," pero sí "para esto llegué yo á esta circunstancia."—sólo halló bien responder con sublime sencillez y concisión: "Sabía que seguía al Señor y no podía hacerlo de otro modo."

A su tío le dijo que algunos hombres alcanzaban su día de éxito á los sesenta, otros á los cuarenta, otros á los

treinta; pero que él lo había hallado á los diez y nueve años.

Le tocó su lote y lo ganó, encontrándose por ello, según su propio decir, muy feliz.

Al ser preguntado si sufría mucho, dijo por toda respuesta: "no me encuentro tan confortablemente como otras veces." Sólo podía verse del joven los ojos y la boca; lo demás estaba envuelto cuidadosamente en algodones. Su tío clérigo de la ciudad de Chicago, había predicado el domingo anterior sobre "El ministerio frente á la única gran oportunidad." Al verle por primera vez después de su horrible accidente, le dijo: "Espero que haya sido mi ministerio; yo sé positivamente que esta ha sido mi única oportunidad." Al observarle éste que, si viviere cien años no encontraría una ocasión semejante de mostrarse con tanta grandeza de alma respondió:

"Estoy contento de lo que he hecho;—pero solamente siento por mi pobre madrecita". Y aquí acaso, su corazón estalló de emoción y las lágrimas ahogaron sus palabras.

Ninguna frase que se le citó para confortarle, le produjo tanto bienestar como ésta: "El salvó á los demás, pero no pudo salvarse á sí mismo."

Vivió veintiocho horas en pleno conocimiento hasta su último suspiro. Cuatro horas antes de dormirse en sus ideas religiosas, recibió un telegrama de su padre, procedente de Buenos Aires, que decía:

"Cariños á Guillermito". Este recuerdo le alegró sobremanera, y después de breves instantes se le oyó decir: "Mi padre y mi madre no hubiesen querido que obrase de otro modo"

La ciencia, como nunca, se empeñó en defender á esa vida en su carrera vertiginosa hacia la eternidad; mas, todo fué en vano: expiró tan valientemente como Sidney ó Bayard sobre el campo de batalla. Hagamos un paralelo entre la conducta de este joven estudiante que sacrificaba su vida para salvar á

los pequeños, á los débiles y la de otros, que sólo pensando en sí mismos, desprecian con su modo de ser inconciente á las jóvenes y á los niños.

Este hecho logró conmover á toda la gran nación norteamericana, y tal fué su influencia para edificar á las masas que el profesor John H. Grove declaró que ella era solo comparable con el hermoso fin del Presidente Mc. Kinley.

El elogio de todos sus profesores fué elevado y tierno. Uno, hallaba bueno decir que ninguno de los alumnos contaba con tantos amigos como él, calificándole de rayo de sol alegrador de cuanto encontraba á su paso; otro, alaba su fisonomía siempre sonriente, su caballerezca respetuosidad y consideración, su dignidad y aspecto tranquilo, su espíritu pronto, investigador y celoso, sus elevadas aspiraciones morales y espirituales, su propósito deliberado de sacar de sus cualidades todo lo mejor, su interés encantador por los estudios y la aguda apreciación de las deferencias que le conquistaba su excepcional modo de ser. Su profesora de matemáticas la eminente Sta. Konantz estima que ningún acontecimiento de la Universidad conmovió más hondamente á los estudiantes. Le queríamos, dice hermosamente, por la bella vida que llevó entre nosotros.

Otro de los que le conocieron de cerca y le amaron por sus cualidades morales y su despejo intelectual, recuerda la lectura que hizo en la clase de historia de Inglaterra, de una de las más entusiastas arengas de Enrique V. Al pronunciar las grandiosas palabras del genial Shakespeare, su vida entera resonaba en ellas:

"Pero, si fuera pecado el ambicionar honor, soy el alma viviente más pecadora."

Así vivió y así se fué Guillermo Lancaster Mc. Laughlin ¿No tenía yo razón en afirmar al empezar mi conferencia, que el buen estudiante es un ser intensamente moral?

Esta vida, este ejemplo admirable nos lo prueba y em-

bellece singularmente el verdadero concepto en que debemos tener la época dispuesta por la naturaleza, para ocuparnos de eso encantador y placentero que se llama estudiar.

Ahora que comprendo lo que el estudio significa; ahora que lo amo como la más preciosa ocupación de la existencia, desearía volver á la época de tierna juventud y lo aseguro de todo corazón que mi héroe, mi modelo y mi ideal humano sería este joven Mc. Laughlin.

Para reverenciar su memoria, os invito á amarle como yo le amo desde hoy, levantándosele así en vuestros nobles corazones un monumento por la práctica de las cualidades y de la abnegación que le transformaron en un héroe de todos los tiempos.

No puedo terminar sin hacer de los padres de Guillermo el más alto elogio. Merecieron tal hijo, y sinó escuchad estas palabras llenas de esa belleza tranquila y pura, que es el desideratum del arte:

“Muchos han hablado de este joven valiente en el mismo tono cariñoso, pero aquellos que le quisieron entrañablemente no lo alaban con tanto exceso. Fué simplemente uno de los que cumplió con su deber y murió luego. Casi sus últimas palabras fueron: “No podía conducirme de otro modo,” y aunque sus corazones esten oprimidos y destrozados se alegran de lo que hizo. Hubo muchos héroes en el horrible incendio—sus nombres están escritos en el Libro de la Vida. Fué sencillamente uno de los tantos, solamente que por cierto inescrutable misterio, su abnegación, entre las escenas horripilantes de las llamas y de la muerte, fué observada por muchos, que ahora dan testimonio de ello. Su padre, madre y hermanas, le vieron cuatro meses antes cuando se despedía abordo de un transatlántico para regresar á la Universidad, despues de cinco semanas de vacaciones en su lejano hogar argentino. Ellos le volverán á ver cuando el día amanezca y las sombras se disipen....”

¡Bien por el padre que puede escribir de esta manera á la muerte de su hijo! En estas líneas campean, así como un halo luminoso, la esperanza confortante del más allá, pero aquí detengámonos al borde del misterio, pues acaso no me acompañareis en esta ascensión. Yo he sentido la divina paz. Experimento en toda su magnificencia las palabras de un gran psicólogo, que estudiáis en vuestro curso de Psicología, William James; “Podemos experimentar la unión con algo más vasto que nosotros mismos y en esa unión hallar nuestra más grande tranquilidad.” Así habla ese filósofo honrado que vuestro querido profesor Carlos Vaz Ferreira, en tanto estima.

No podeis imaginaros, queridos amigos, lo que el conocimiento de esta vida heroica ha influido últimamente en mi idiosincracia. Me ha hecho pensar intensamente en que mi deber no está sólo en gozar de la vida, sino también en mejorarla en mi persona para transmitirla mejor á mis descendientes. El bien moral que el hombre hace á si mismo, lo hace á toda la humanidad.

Guillermo Lancaster Mc. Laughlin ha levantado mi espíritu, entonado mi mente, vigorizado mi voluntad y robustecido mis aspiraciones.

Si otro tanto despierta en vosotros, no serán inútiles estas páginas sinceras, escritas por amor de Aquel que forma á la clase de jóvenes á la cual pertenece Guillermo. Su nombre es un mundo; su influencia sobre la raza humana incalculable: Jesús.

Bienvenido sea este maestro de los maestros y el ejemplo de su joven discípulo en estos claustros de nuestra digna Universidad.

He dicho.

ERRATA.—En la pág. 15 línea 7 donde dice: ciudades reflejadas, deber decir: ciudades replegadas.



Nim Frias, Alberto; 1882 -
1937 (unf.)

DEL MISMO AUTOR

- 1900 **Taine religioso** (folleto en francés)
" **Cervantes:** Ensayos sobre una Sociedad literaria
internacional (folleto)
1902 **Ensayos de crítica é historia y otros
escritos:** libro de 309 páginas
1904 **Nuevos ensayos de crítica:** libro de 257
páginas
1906 **La vida del estudiante y la moral.**
" **Estudio sobre Jesús y su influencia.**

EN PREPARACION

- "**El Arbol**" libro de lectura destinado á la Instrucción
Primaria.
Inter et post pugman: novísimos ensayos.